

Capítulo 8: El abuso sexual clerical como daño moral: hacer frente a una Iglesia herida e hiriente

Marcus Mescher

El daño moral describe el perjuicio causado por la traición a un código moral; abarca el trauma psicológico, la angustia emocional y corporal, la desorientación en relación con Dios y el bien, la pérdida de la identidad y la capacidad de actuar, así como el daño a las relaciones y las comunidades. Objeto de un campo de estudio cada vez más amplio, el daño moral se ha aplicado sobre todo a las heridas infligidas a los soldados en combate. Hoy en día, se utiliza cada vez más para explorar las dimensiones de la angustia moral sufrida en una serie de profesiones, incluyendo los cuerpos de seguridad y los profesionales de la sanidad y de la educación. Las lesiones morales van más allá del daño causado por el trauma o el pecado, ya que implican violaciones psicológicas, emocionales, espirituales, religiosas, morales y relacionales experimentadas por los agresores, las víctimas y los supervivientes, y también por los observadores y otros sujetos implicados.

El argumento central de este capítulo es que el daño moral sirve de marco interpretativo primordial para comprender la angustia moral intrapersonal, interpersonal y transpersonal causada por los abusos sexuales clericales y su encubrimiento. Después de explicar cinco características esenciales del daño moral y cómo este se aplica al abuso sexual por parte del clero y a su encubrimiento por parte de las autoridades de la Iglesia, este capítulo analiza de qué modo toda la Iglesia se ve afectada por el daño moral para concluir con varias estrategias orientadas a facilitar la sanación.

El abuso sexual clerical causa daño moral

Los conceptos de daño moral varían según la profesión y la situación. En

la experiencia de los soldados que regresan del combate, el daño moral se ha descrito como una «herida sagrada» que está relacionada con el trastorno de estrés postraumático (TEPT), pero que es distinta de este¹. Aunque se ha escrito mucho sobre el trauma—una palabra que proviene del griego y significa «herida»—en referencia al impacto mental y emocional derivado de una experiencia peligrosa, la expresión «daño moral» indica una violación contra la dignidad de la persona, una profunda traición moral que provoca una pérdida de confianza en la bondad de uno mismo y de los demás². El daño moral describe una condición de intenso sufrimiento por parte de almas atormentadas que no saben «cómo recuperar una identidad moral destruida» tras perpetrar actos crueles o perversos o ser testigos de los mismos³. En el ámbito militar, el daño moral se ha definido como la traición por parte de una «persona con autoridad legítima» en «una situación de alto riesgo» que debilita el carácter, deteriora la confianza en un código de honor o en la cadena de mando y «eleva la desesperación, el suicidio y la violencia interpersonal»⁴. Dada la «fenomenología única» de la guerra y la falsa equivalencia entre el combate y otras experiencias de violencia, algunos se resisten a ampliar la categoría de daño moral más allá de los soldados y los veteranos⁵. No obstante, el daño moral es una valiosa perspectiva desde la que se pueden interpretar los efectos dominó causados por la traición, en particular las distorsiones de la autoimagen, la deliberación moral, la capacidad de actuar, las relaciones y la responsabilidad.

La categoría de daño moral puede aplicarse a los abusos sexuales

¹ Edward Tick, *War and the Soul: Healing Our Nation's Veterans from Post-Traumatic Stress Disorder* (Wheaton, IL: Quest Books, 2005), 5.

² Brett T. Litz, Nathan Stein, Eileen Delaney, Leslie Lebowitz, William P. Nash, Caroline Silva y Shira Maguen, «Moral Injury and Moral Repair in War Veterans: A Preliminary Model and Intervention Strategy», *Clinical Psychology Review* 29, núm. 8 (2009): 695–706.

³ Rita Nakashima Brock y Gabriella Lettini, *Soul Repair: Recovering from Moral Injury after War* (Boston: Beacon Press, 2012), 42.

⁴ Jonathan Shay, «Moral Injury», *Psychoanalytic Psychology* 31, núm. 2 (2014): 182–183.

⁵ Robert Jay Lifton, *Home from the War: Vietnam Veterans: Neither Victims nor Executioners* (Nueva York: Simon and Schuster, 1973), 8–9.

cometidos por el clero y a su encubrimiento como una catástrofe moral causada por el abuso de la confianza depositada en el clero y la jerarquía eclesiástica. El daño moral nos ayuda a comprender las diversas dimensiones del trauma psicológico, el dolor emocional y corporal, la confusión religiosa y moral, la pérdida de la identidad y la eficacia, y las relaciones truncadas. El daño moral causado por los abusos sexuales y su encubrimiento puede detectarse en cinco dimensiones de la vida moral: identidad, razonamiento, capacidad de acción, relaciones y credibilidad institucional.

En primer lugar, el daño moral afecta a la imagen que una persona tiene de sí misma. En respuesta a un acontecimiento traumático, los agresores, las víctimas y los testigos luchan por comprender por qué sucedió y se cuestionan constantemente cómo respondieron. En el contexto de alto riesgo del abuso espiritual y sexual, el daño moral se aplica a las víctimas-supervivientes cuya vulnerabilidad fue violada por alguien en quien confiaban, por una «autoridad legítima» que representa a la Iglesia o a Dios. Para las personas creyentes, la identidad suele entenderse en relación con Dios y la Iglesia, lo que plantea preguntas teológicas y eclesiales desconcertantes como, por ejemplo: ¿Dónde está Dios y cómo ha podido permitir esto? ¿Me sigue amando Dios a mí y a los demás afectados? ¿Por qué la Iglesia no me protegió ni salió en mi defensa? ¿Por qué tantos miembros de la Iglesia parecen no inmutarse ante la magnitud de los abusos cometidos por algunos de sus miembros contra otros? La autoimagen se ve mermada por un sentimiento de alienación o abandono por parte de Dios. Dado que los clérigos actúan como representantes de Dios o de la Iglesia de Dios, cuando cometen abusos espirituales y sexuales algunos supervivientes sienten que Dios es cómplice o responsable de su experiencia de violación. En la medida en que los sacerdotes son vistos por los demás como líderes santos y respetados, y como autoridades religiosas y morales, los supervivientes pueden interiorizar la falta de respeto hacia sí mismos, una especie de autosupresión que puede convertirse en

autosabotaje⁶. Esta herida espiritual—según algunos, una herida mortal desde el punto de vista espiritual—lleva a experimentar la vida en términos de pérdida: para algunos, les han arrebatado la vida, mientras que, para otros, les han destrozado el alma y sienten que se han quedado sin nada. Los supervivientes describen su abuso como una violación o un asesinato del alma⁷. Cuando intentan contar la verdad de su experiencia y se minimiza o se rechaza su abuso, lo único que se consigue es agravar el sentimiento de vergüenza o rabia, aislamiento o abandono. Algunos autores de abusos sexuales clericales se debaten entre el arrepentimiento, la culpa, la vergüenza y la ira. Otros acuden al sacramento de la reconciliación para confesar sus pecados y completar su penitencia, y luego demuestran una asombrosa falta de remordimiento o de deseo de expiar el daño que han causado, alegando tener la «conciencia tranquila»⁸. Los testigos y otras personas que se enteran de los abusos también experimentan un daño moral, aunque sea menos agudo que el sufrido por los autores o los supervivientes. El daño moral es duradero, como una cicatriz permanente o un defecto de por vida, una ruptura radical que cambia las dimensiones cognitiva, afectiva y volitiva de la persona. Altera fundamentalmente la forma en que las personas se ven a sí mismas y ven a los demás, poniendo en tela de juicio creencias, suposiciones y valores que antes tenían. En el peor de los casos, el daño moral convence a las personas de que no son queridas, de que son incapaces de curarse y de que no tienen redención.

En segundo lugar, el daño moral crea confusión en la percepción y el razonamiento morales. Experimentar un abuso de confianza tan

⁶ J.D. Jinkerson, «Defining and Assessing Moral Injury: A Syndrome Perspective», *Traumatology* 22, núm. 2 (2016): 126.

⁷ Leslie Lothstein, «Neuropsychological Findings in Clergy Who Sexually Abuse», en *Bless Me Father for I Have Sinned: Perspectives on Sexual Abuse Committed by Roman Catholic Priests*, ed. Thomas Plante (Westport, Connecticut: Praeger, 1999), 59–85.

⁸ Según información facilitada al autor por algunos supervivientes de abuso sexual clerical durante un proyecto de investigación de 2020 a 2022, «Creación de una herramienta para medir y responder al daño moral causado por el abuso sexual clerical», financiado por Fordham University's Taking Responsibility Initiative, takingresponsibility.ace.fordham.edu/measuring-moral-injury/.

inesperado quebranta la confianza en la forma en que uno se ve e interpreta a sí mismo, a los demás y a Dios: ¿Cómo he podido hacer esto? ¿Cómo he permitido que me ocurriera a mí o a otra persona? ¿Cómo pudo Dios permitir semejante mal? Esto mina la confianza en la propia brújula moral y en el juicio sobre el pasado, el presente y el futuro. El daño moral se experimenta como una distorsión cognitiva y una perturbación moral, un cuestionamiento persistente de la propia capacidad de saber, elegir y hacer lo que es correcto, verdadero, bueno y justo. Sentirse fragmentado y desorientado es alienante y «puede ser debilitante, lo que conduce a una enfermedad moral crónica de duda de uno mismo y parálisis moral»⁹. Los que padecen heridas morales suelen estar sujetos a pensamientos intrusivos y obsesivos, recuerdos dolorosos, tristeza persistente, agotamiento, agitación y ansiedad. El daño moral se detecta en las personas atormentadas por un sentimiento duradero de culpabilidad o por la sensación de haber sido separadas de sí mismas, de los demás y de Dios. Vivir en un estado de tal ambigüedad moral dificulta la confianza en la percepción de uno mismo y de los demás, la reflexión saludable sobre la vida y sobre cómo obtener la sabiduría moral, el razonamiento a través de dilemas morales y la ponderación de lo que se debe a uno mismo, a los demás y a Dios.

Una capacidad deficiente de reflexión y discernimiento moral conecta con una tercera dimensión del daño moral: la pérdida de la capacidad de actuar. A la luz de lo que la persona moralmente herida ha hecho, le han hecho o ha observado, es difícil que no se sienta aturdida, desalentada o con una sensación generalizada de inutilidad. Luchar para hacer frente a una violación, al dolor resultante y al sentimiento de limitación a menudo conduce a una autorregulación poco fiable y a un «desmoronamiento de la capacidad de acción»¹⁰. El sentimiento de falta de control o de pérdida de poder puede producir diversos efectos y da lugar con frecuencia a la automedicación y al abuso de sustancias. En algunas personas, conduce a

⁹ Larry Kent Graham, *Moral Injury: Restoring Wounded Souls* (Nashville: Abingdon Press, 2017), 87.

¹⁰ Serene Jones, *Trauma and Grace: Theology in a Ruptured World* (Louisville: Westminster John Knox, 2009), 17–18.

un comportamiento imprudente y a una actividad sexual compulsiva, mientras que en otras hace imposible mantener una relación íntima y disfrutar del placer sexual. La capacidad de acción inadecuada hace mucho más difícil el autocuidado, ya que la vergüenza y la aversión eclipsan la compasión y la fortaleza necesarias para curarse. El daño moral lleva a algunos a creer que son merecedores de una vida de castigo, mientras que a otros les parece impensable experimentar alegría y emprender los pasos necesarios hacia la curación. La futilidad y la desesperación pueden ser una combinación tóxica que conduzca a pensamientos e intentos de suicidio; algunas estimaciones indican que las tasas de suicidio entre los supervivientes de abusos sexuales clericales son cincuenta veces superiores a las de la población general¹¹. El daño moral lleva a las personas a creer que están atrapadas y que el alcance y la magnitud de las heridas van más allá de la capacidad de reparar y prevenir el daño.

Una cuarta dimensión clave del daño moral es el daño causado a las relaciones. Una vez rota la confianza en lo sagrado, es sumamente difícil sentirse seguro y volver a confiar en los demás. La lealtad rota es intrapersonal, interpersonal e institucional. Los heridos en el plano moral tienen que volver a aprender a confiar en sí mismos y en los demás. Los supervivientes de abusos son más propensos a las rupturas familiares porque esta violación les quita la sensación de seguridad y confianza en los demás¹². El abuso también hace estragos en las comunidades parroquiales, ya que el secretismo, la vergüenza y la culpa merman el respeto y la responsabilidad de unos hacia otros¹³. En los entornos seculares, el daño moral estimula la desconfianza hacia las instituciones, lo que plantea aún

¹¹ G.R. Pafumi, «Suicide Rates Among Victims of Clergy Sex Abuse Exceed 50 Times the General Population», *EIN Presswire*, 13 de noviembre de 2018, www.einpresswire.com/article/+467186245/victimsspeakdb-org-data-infers-suicide-rates-among-victims-of-clergy-sex-abuse-exceed-50-times-the-general-population.

¹² Leslie Wind, James Sullivan y Daniel J. Levins, «Survivors' Perspectives on the Impact of Clergy Sexual Abuse on Families of Origin», *Journal of Child Sexual Abuse* 17, núm. 3 (2008): 238–254.

¹³ Paul M. Kline, Robert McMackin y Edna Lezotte, «The Impact of Clergy Abuse Scandal on Parish Communities», *Journal of Child Sexual Abuse* 17, núm. 3 (2008): 290–300.

más problemas a las iglesias, que se supone que son espacios sagrados y seguros. Cuando los espacios eclesiásticos—incluidas las rectorías, las sacristías e incluso los confesionarios—son escenarios de abusos espirituales y sexuales, esta profanación puede provocar un deterioro psicológico, emocional, espiritual, religioso, moral y social profundo y duradero. Aun cuando los supervivientes sienten estas consecuencias de forma intensa, el daño moral también se extiende a los amigos y familiares de los supervivientes, que son testigos directos de los efectos de esta traición a la confianza puesta en lo sagrado. Por supuesto, este sentimiento de traición alcanza a todos los que tienen conocimiento de los abusos y se muestran indignados por ellos, quizá en especial a los empleados de la iglesia que se sienten involucrados porque trabajan para ella y la representan. El daño moral revela hasta qué punto el abuso sexual clerical y su ocultación han desgarrado el tejido moral de la Iglesia.

Este tejido moral desgarrado no solo afecta a los lazos sociales entre los miembros de la Iglesia, sino que también perjudica la credibilidad moral de la misma. Esta es la quinta dimensión esencial del daño moral causado por los abusos sexuales clericales y su encubrimiento. Las revelaciones de abusos sexuales cometidos por el clero han provocado que millones de personas abandonen la Iglesia—o sientan que la Iglesia les ha abandonado a ellos—por no querer verse asociadas con el comportamiento monstruoso de estos depredadores y sus encubridores¹⁴. Los que permanecen en la Iglesia declaran tener un nivel mucho menor de confianza en los líderes eclesiásticos, y son menos los que acuden a la jerarquía en busca de orientación sobre cuestiones morales¹⁵. Según un estudio, menos de un tercio de los católicos estadounidenses creen que los sacerdotes son

¹⁴ Jeffrey M. Jones, «Many US Catholics Question Their Membership Amid Scandal», *Gallup*, 13 de marzo de 2019, news.gallup.com/poll/247571/catholics-question-membership-amid-scandal.aspx.

¹⁵ Michele Dillon, «What Do We Know about How Catholics Inform their Consciences?», *National Catholic Reporter*, 18 de junio de 2018, www.ncronline.org/news/what-do-we-know-about-how-catholics-inform-their-consciences.

personas éticas¹⁶. La sensación generalizada de traición entre los fieles laicos ha provocado desorientación moral y desvinculación. No solo significa que menos católicos confían en que la Iglesia les ayude a formar su conciencia, sino que también quiere decir que menos católicos comparten la vida sacramental de la Iglesia. Los responsables de la Iglesia invocan a menudo el miedo al escándalo como justificación para adoptar hábitos de secretismo y protección, pero el hecho de no afrontar y revelar la verdad en la búsqueda de la justicia—dar a las personas lo que se les debe—sigue siendo un escándalo que mancha a la Iglesia¹⁷. La catástrofe moral de los abusos sexuales clericales y su ocultación puede considerarse un «abuso de conciencia» por parte de la Iglesia¹⁸. Con la pérdida de la credibilidad moral entre los líderes eclesásticos, la autoridad de la Iglesia para evangelizar —testimoniar el Evangelio, enseñar el dogma, atender las necesidades humanas y construir una comunidad inclusiva y sólida— sigue erosionándose. El daño moral es un síntoma de la deficiente salud moral de la Iglesia como institución, como comunidad y como cultura.

Una Iglesia moralmente herida

Aunque el daño moral se suele utilizar para describir la aflicción psicológica, emocional o espiritual, sus efectos sobre las intenciones, acciones y circunstancias de los sujetos morales siguen sin estar claros. Si bien el daño moral se ha asociado con razón a la condición moral del alma, solo se ha relacionado vagamente con la conciencia moral. Quedan muchas cuestiones por resolver en relación con la conciencia, el razonamiento moral y la responsabilidad. Por ejemplo, ¿cómo definir una categoría de daño moral que englobe tanto a los abusadores como a las víctimas, por no

¹⁶ Megan Brenan, «US Catholics' Faith in Clergy is Shaken», *Gallup*, 11 de enero de 2019, news.gallup.com/poll/245858/catholics-faith-clergy-shaken.aspx.

¹⁷ Angela Senander, *Scandal: The Catholic Church and Public Life* (Collegeville, MN: Liturgical Press, 2012).

¹⁸ Daniel J. Fleming, «Beyond the Abuse of Power and the Abuse of Conscience: Creating a Course for Theological Ethics in Response to the Sexual Abuse Crisis in the Australian Catholic Church», *Asian Horizons* 14, núm. 2 (2020): 333–346.

hablar de los observadores y otros sujetos implicados? ¿Cómo evaluar el deber moral y la culpabilidad de un individuo que ha sido moralmente herido asegurándonos de no culpar a la víctima? ¿Cómo determinamos la capacidad moral y el límite de dicho individuo herido con respecto al daño que puede causar a sí mismo y a los demás en respuesta al daño que se le ha causado? En cuanto centro moral de la persona humana, la conciencia alberga no solo la capacidad de razonamiento moral, sino también el discernimiento de la propia vocación como llamada y respuesta a Dios. La Iglesia católica enseña que la conciencia es el «santuario» para escuchar la voz de Dios y el «Vicario de Cristo»¹⁹. Es una capacidad innata, una actividad permanente y una tarea de formación a lo largo de toda la vida para interpretar, ordenar, discernir y hacer lo que es correcto, verdadero, bueno y justo de acuerdo con la Escritura, la tradición, la razón y la experiencia. En la medida en que la palabra «conciencia» significa «conocer juntos», la conciencia puede ser personal pero nunca privada; del mismo modo que el trabajo de formar la propia conciencia es un proceso de diálogo entre el individuo y la comunidad más amplia de la Iglesia, también el trabajo de estar más atento y responder a los efectos de las heridas morales sobre la conciencia es a la vez personal y comunitario. Teniendo en cuenta el daño moral causado en la Iglesia católica por los abusos sexuales clericales y su ocultación por parte de los líderes eclesiásticos, así como las sólidas enseñanzas de la Iglesia sobre la conciencia moral, los expertos católicos en ética no solo tienen la obligación de ayudar a examinar y resolver estas cuestiones en torno al daño moral dentro y fuera de la Iglesia, sino que también cuentan con los recursos adecuados para ello.

En virtud del sacramento del bautismo, todos los miembros de la Iglesia forman parte del cuerpo de Cristo, lo que significa que la fe cristiana y el discipulado entrañan una dimensión esencialmente comunitaria. Como se ha explicado anteriormente, el daño moral puede detectarse en autores, supervivientes, observadores o testigos, y en otros sujetos implicados.

¹⁹ Véase *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1776, 1778.

Además, la naturaleza corpórea de la Iglesia significa que el daño a una parte del cuerpo afecta a todo el cuerpo, por lo que el daño moral pasa necesariamente del ámbito individual al ámbito interpersonal, extendiéndose hasta el ámbito institucional de «ser Iglesia juntos». Pablo afirma: «Cuando un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Cor. 12,26). Thomas Merton se basa en estas imágenes para describir el cuerpo de Cristo como un «cuerpo con los huesos rotos»²⁰. Merton sostiene que la violencia, el odio y la «tortura de los cuerpos y las almas» de las personas constituyen formas en las que «Cristo sufre el desmembramiento [...] Cristo es masacrado en sus miembros, desgarrado miembro a miembro; Dios es asesinado»²¹. El abuso sexual clerical y su encubrimiento por parte de los líderes eclesiásticos es un ejemplo desgarrador de la profanación y el desmembramiento del cuerpo de Cristo en el pasado, el presente y el futuro.

Aunque los dirigentes eclesiásticos suelen presentar los abusos sexuales clericales como algo anómalo, los esfuerzos de periodistas, abogados, y también los de los supervivientes, sus defensores y las redes de apoyo, han revelado una imagen mucho más completa de la verdad. En todo el mundo, miles de sacerdotes han abusado de cientos de miles de niños y adultos. Con toda probabilidad, los casos de abusos denunciados representan solo una fracción de los abusos reales, ya que muchas víctimas nunca se sienten lo suficientemente seguras como para contar la verdad de lo que han sufrido. El hecho de que los abusados suelen retrasar la denuncia durante décadas indica que existe una cultura eclesial y cívica que impone silencio, estigma y vergüenza a los supervivientes de abusos sexuales clericales²². El secretismo suele impedir que los supervivientes sean reconocidos como tales, una falta de respeto que perpetúa su sensación de pérdida de valor

²⁰ Thomas Merton, *New Seeds of Contemplation* (Nueva York: New Directions, 1961), 72.

²¹ Merton, *Seeds of Contemplation*, 71.

²² Por ejemplo, la Oficina del Ministerio de Asistencia a los supervivientes de abusos sexuales clericales en la archidiócesis de Chicago informa de que, por término medio, los supervivientes esperan veinticinco años antes de denunciar sus abusos a oficiales eclesiásticos o civiles.

como una forma de «muerte social»²³. También impide que otras personas afectadas—y la comunión más amplia del cuerpo de Cristo en su conjunto—conozcan la profundidad y el alcance de las heridas causadas por los abusos sexuales cometidos por el clero. En demasiados casos, la Iglesia ha protegido y ha legitimado a los autores de los abusos; informes de varios países verifican que los responsables eclesiásticos ignoraron, desestimaron o minimizaron las denuncias, no tomaron las medidas adecuadas para garantizar la seguridad frente a los agresores sexuales y ocultaron «obsesivamente» los abusos durante décadas²⁴. Para evitar que rindieran cuentas, los dirigentes eclesiásticos trasladaron sistemáticamente a los autores de los abusos—a menudo a entornos misioneros, a comunidades formadas por gente de color y entre pueblos indígenas—infligiendo daño a comunidades marginadas social y económicamente²⁵. Este panorama revela fallos deliberados en la fidelidad que van de lo personal a lo sistémico, sintomáticos de indiferencia, cuando no de desprecio, por las heridas causadas por los abusos sexuales clericales y por el daño moral provocado por estos actos de violación y encubrimiento. Privar a la gente de la verdad es adormecer la conciencia moral. Si las

²³ Axel Honneth, *The Struggle for Recognition: The Moral Grammar of Social Conflicts* (Cambridge, MA: MIT Press, 1995), 135.

²⁴ Véase, por ejemplo, Ministro de Justicia e Igualdad de Dublín, «Report of the Commission of Investigation into the Catholic Archdiocese of Dublin», 29 de noviembre de 2009, www.justice.ie/en/JELR/Pages/PB09000504; Real Comisión sobre las Respuestas Institucionales al Abuso Sexual Infantil de Australia, «Final Report», 15 de diciembre de 2017, www.childabuseroyalcommission.gov.au/religious-institutions; Red Internacional sobre los Derechos del Niño, «The Third Wave: Justice for Survivors of Child Sexual Abuse within the Catholic Church in Latin America», 25 de noviembre de 2019, home.crin.org/issues/sexual-violence/child-sexual-abuse-catholic-church-latin-america.

²⁵ Véase, por ejemplo, Alessandra Rizzo y Bradley Brooks, «Predator Priests Shuffled Around Globe», *NBC News*, 14 de abril de 2010, www.nbcnews.com/id/wbna36523444; Tia Noelle Pratt, «Black Catholics, Racism, and the Sex Abuse Crisis», *The Revealer*, 2 de marzo de 2020, therevealer.org/black-catholics-racism-and-the-sex-abuse-crisis-a-personal-reflection/; Allie Ferguson y Bill Radke, «Abusive Priests on Indian Reservations Leave ‘Profound Wound’», *KUOW*, 28 de enero de 2016, archive.kuow.org/more-from-kuow/2016-01-28/abusive-priests-on-indian-reservations-leave-profound-wound.

personas no conocen el alcance del problema en la Iglesia o el impacto que el abuso sexual ha tenido en sus miembros, no pueden hacer juicios morales precisos sobre lo que puede y debe hacerse para lograr la transparencia, la responsabilidad, la curación y la prevención necesarias. Las personas que culpan a los supervivientes de dañar la reputación del clero o de la Iglesia, que ponen en duda los relatos de las víctimas o que no se conmueven ante su padecimiento muestran una conciencia deformada debido a fallos individuales, comunitarios e institucionales. Esto también convierte a una serie de miembros de la Iglesia en responsables de la victimización secundaria de los perjudicados por los abusos sexuales clericales. La falta de compasión por los supervivientes y de compromiso para llevar a cabo una restauración personal y estructural indica que las conciencias se han formado sin la sensibilidad adecuada ante las exigencias de la dignidad humana, nuestra igualdad de derechos en materia de seguridad y bienestar, y nuestras responsabilidades compartidas para prevenir el abuso de poder en entornos religiosos. Recordando la historia del buen samaritano, demasiados miembros de la Iglesia son como el sacerdote y el levita que ignoran a los supervivientes, representados por la persona golpeada, robada y dada por muerta al borde del camino; demasiados de nosotros en la Iglesia no estamos dispuestos a salir de nuestro camino y meternos en la cuneta para ofrecer toda la ayuda que nos sea posible (Lc. 10,25-37). El hecho de que los ladrones de esta historia sean clérigos—y que otros clérigos ayudaran e instigaran a los abusadores—suscita preocupaciones urgentes y graves sobre cómo la Iglesia puede ser un maestro moral creíble o un testigo de la buena nueva de la enseñanza y el ministerio de sanación de Jesús. Depositar una confianza incuestionable en una institución que forma inadecuadamente al clero y que ha tardado tanto en adoptar una política de «tolerancia cero» para apartar a los infractores del ministerio y exigirles responsabilidades por el daño que han causado revela una brújula moral maltrecha, incapaz de sentir una justa indignación por las injusticias cometidas en relación con los abusos espirituales y sexuales. La Iglesia está infectada por una cultura enferma y pecaminosa que da prioridad al silencio y a la protección de los agresores, en lugar de hacer todo lo posible

para garantizar una atmósfera de seguridad y acogida para todos, sobre todo para los más vulnerables de entre nosotros. Una Iglesia moralmente herida dificulta que más personas sigan el ejemplo del samaritano: «ve y haz tú lo mismo», como Jesús manda (Lc. 10,37).

Algunos detalles de esta historia nos permiten dar una respuesta a la luz de la fe. Habida cuenta de que el camino de Jerusalén a Jericó era muy inseguro, los que escuchaban a Jesús probablemente habrían juzgado con desprecio al hombre que fue golpeado, robado y dado por muerto, pues viajar solo por un camino tan peligroso no podía tener otro resultado. Además, los que escuchaban a Jesús se habrían escandalizado de que un samaritano—el marginado más despreciado que podían imaginar—fuera el que se apiadara de la víctima de los ladrones. El texto bíblico nos dice que el corazón del samaritano se «conmovió» al ver a esa persona necesitada; esta empatía visceral es la que mueve al samaritano a apartarse de su camino y a meterse en la zanja donde él mismo podría haber sufrido una emboscada. El samaritano necesitó una valentía asombrosa para colocarse en la zanja, una profunda compasión para aliviar el sufrimiento de la víctima, una gran generosidad para curar sus heridas y pagar su convalecencia en la posada, y una solidaridad que traspasó fronteras para superar las categorías de «nosotros y ellos» que dividían a judíos y samaritanos. Con esta historia, Jesús revela que la pregunta del maestro de la ley «¿Quién es mi prójimo?» es una pregunta equivocada, ya que implica la existencia de un no-prójimo, alguien que está más allá de la preocupación moral de uno. Jesús devuelve la pregunta al maestro de la ley: «¿Quién era el prójimo de la víctima del robo?», lo que sugiere que la mejor pregunta es: «¿Qué clase de prójimo soy yo, y para quién?» Este pasaje del Evangelio ilustra cuánto trabajo queda aún por hacer antes de que la Iglesia pueda confiar en su formación religiosa y moral para preparar a la gente a «ir y hacer lo mismo». El hecho de que la Iglesia no solo no cure adecuadamente a los heridos, sino que sea la causante de la herida, añade un reto más. Beda el Venerable interpreta este texto como «la primera historia de nuestra redención, contada por Cristo», en la que el

samaritano representa a Cristo y la posada, a la Iglesia²⁶. Ahora bien, cuando la Iglesia está poniendo en peligro el bienestar psicológico, emocional, espiritual, religioso, moral y relacional de las personas, no puede considerarse un lugar seguro para que todos experimenten reparación. Hay sobradas pruebas de daño moral en una Iglesia responsable de almas angustiadas; hay sobradas pruebas de falta de valor, compasión, generosidad y solidaridad para y con los supervivientes y todos los heridos por los abusos sexuales clericales y por su encubrimiento.

El abuso sexual cometido por el clero surge de una cultura eclesial caracterizada por el clericalismo, el jerarquismo y la masculinidad hegemónica que dejan a las mujeres y los niños en una situación de desamparo²⁷. La Iglesia es responsable de esta cultura pecaminosa como centro de malformación en la medida en que manipula la información o fomenta la ignorancia, promueve actitudes que veneran al clero y desacreditan a los supervivientes y a sus defensores, y respalda conductas y normas que consolidan el poder en manos del clero mientras despojan a los laicos de la auténtica igualdad y de una colaboración significativa. Esta cultura eclesial pecaminosa está interrelacionada con todos los conocimientos, disposiciones, acciones, relaciones y políticas que conforman el modo en que la Iglesia «expresa el significado de la sociedad, el valor de los patrones de interacción social que construyen los seres humanos y el significado de las formas en que vivimos y ordenamos nuestras comunidades»²⁸. El daño moral impregna toda la institución; este daño psicológico, emocional, espiritual, religioso, moral y relacional se extiende *ad intra* y *ad extra*. Habida cuenta del gran número de personas que ya no se consideran católicas practicantes, que se sienten confundidas

²⁶ James F. Keenan, *The Works of Mercy: The Heart of Catholicism* (Lanham, MD: Sheed & Ward, 2008), 3.

²⁷ Lisa Sowle Cahill, «Sexual Violence against Women and Children: How is Another World Possible?», ponencia presentada en la Convención Anual de la Sociedad Teológica Católica de América, 7 de junio de 2019, resumida en *Proceedings of the Catholic Theological Society of America* 74 (2019): 160, ejournals.bc.edu/index.php/cts/article/download/11499/9659/.

²⁸ Bryan Massingale, *Racial Justice and the Catholic Church* (Maryknoll, NY: Orbis, 2010), 16.

acerca de su relación con la Iglesia o que no se sienten bienvenidas o seguras para volver a los espacios de la Iglesia, se plantean una serie de retos para avanzar hacia la sanación dentro y fuera de la Iglesia.

El amor restablece un cuerpo con los huesos rotos

En su reflexión sobre una Iglesia dividida y herida, Thomas Merton propone que el amor es el único camino para restablecer el «cuerpo con los huesos rotos» que conforma el cuerpo de Cristo. El amor implica «la aceptación del dolor que conlleva la reunificación» y «comienza a curar todas las heridas»²⁹. Merton recomienda la práctica de la contemplación para experimentar la misericordia de Dios como liberación de cualquier posible indignidad (propia o ajena) y ampliar la compasión tratando de comprender, compartir y aliviar el sufrimiento ajeno. Merton explica: «Si hago esto, obedezco a Dios. Si me niego a hacerlo, le desobedezco. Por tanto, no es una cuestión que se deje al capricho subjetivo»³⁰. Invocar cualquier virtud, ya sea la valentía, la compasión o la solidaridad, no será suficiente para llevar la sanación individual, interpersonal e institucional a los que han padecido daños morales. Si se adopta como un ejercicio individual y colectivo de amor, la Iglesia puede empezar a aceptar el «dolor de la reunificación» asumiendo «el sacrificio y el dolor que son el precio de este reajuste de los huesos»³¹. Aunque en estas páginas no podemos articular adecuadamente un conjunto exhaustivo de estrategias para lograr la curación personal, relacional y estructural, necesitamos un enfoque más holístico para hacer teología, desarrollar la eclesiología y promover la atención pastoral en respuesta a estas heridas, y para restaurar la dignidad, la capacidad de acción y las relaciones de las personas moralmente heridas. Tal enfoque es importante porque con demasiada frecuencia se espera que el proceso de sanación se lleve a cabo en privado, a expensas de uno mismo (si las finanzas lo permiten), confinado a una relación paciente-terapeuta o

²⁹ Merton, *Seeds of Contemplation*, 76.

³⁰ Merton, *Seeds of Contemplation*, 77.

³¹ Merton, *Seeds of Contemplation*, 72.

a un grupo de apoyo. Ahora bien, como observa bell hooks: «Rara vez, o nunca, nos curamos de forma aislada. La curación es un acto de comunión»³². Hacer frente a los daños morales en la Iglesia significa dar testimonio moral de que todos los miembros del cuerpo de Cristo merecen—y tendrán a su disposición—vías para curarse juntos.

Dada la pérdida de seguridad y confianza, así como el cúmulo de vergüenza, culpa e ira que experimentan tantos miembros de la Iglesia, no será nada fácil crear las condiciones para la sanación personal, relacional y comunitaria. Los expertos en la curación de heridas morales describen el trabajo a largo plazo necesario para crear «una cultura de lucha segura» que incluya «el mismo énfasis» tanto en la seguridad como en la lucha³³. Para curar una Iglesia moralmente herida será necesario adoptar prácticas basadas en el trauma para la atención espiritual, el crecimiento postraumático y la recuperación de las heridas morales. La Iglesia tendrá que dar prioridad a la atención de las heridas espirituales y morales provocadas por la traición que «está despegando el pegamento» que antes unía a las personas con la Iglesia y entre sí³⁴. Este pegamento carecerá de todo poder unificador mientras las personas no se sientan seguras, respetadas, atendidas, bienvenidas y dispuestas a confiar en los individuos y comunidades que representan a la Iglesia. Esto no significa que sea su responsabilidad superar estos sentimientos de ansiedad e incomodidad; al contrario, la Iglesia necesita invertir en las palabras, las acciones, los rituales compartidos y los cambios políticos que signifiquen sacrificio y aflicción como un amor que carga con el dolor causado por sus oleadas de traición. Hasta que la Iglesia no se perciba como un lugar en el que todos puedan sentirse seguros y bienvenidos, tendrá que encontrar otros socios que la ayuden a avanzar en la labor de sanación a escala local, regional e internacional.

El sacrificio y el dolor deben incluir esfuerzos continuos para lamentarse, arrepentirse y expiar los numerosos delitos e innumerables

³² bell hooks, *All About Love: New Visions* (Nueva York: HarperCollins, 2001), 215.

³³ Shay, «Moral Injury», 190 (he eliminado la cursiva del texto original).

³⁴ Avishai Margalit, *On Betrayal* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2017), 83.

pecados cometidos por los clérigos abusadores y sus cómplices. El lamento debe comunicar con honestidad el mal moral causado a las víctimas y a sus seres queridos. Así, las personas con daños morales deben tener amplias oportunidades para «hacer evaluaciones veraces y expresar con franqueza las cosas que han hecho, presenciado o por las que se han visto afectadas» y para expresar «el dolor personal y la protesta contra los sistemas injustos, las circunstancias y las traiciones»; todo ello debe ser testimoniado tanto individual como comunitario³⁵. Esto implica dar voz a los supervivientes para que puedan expresarse en la medida en que se sientan cómodos, así como generar un cambio radical en una Iglesia que a menudo ha amordazado a los supervivientes con acuerdos de no divulgación u otras formas de manipular la confidencialidad para impedir que la gente conozca el alcance del daño causado por los clérigos abusadores y sus encubridores³⁶. Con demasiada frecuencia, los responsables eclesiásticos se han apresurado a hacer llamamientos al perdón y a la reconciliación, imponiendo una «gracia barata» que se salta el remordimiento, el arrepentimiento y la ardua labor, a largo plazo, de la justicia restaurativa.³⁷ Una posibilidad es iniciar prácticas comunitarias compartidas en forma de «círculo de curación», que daría espacio a los supervivientes, a sus seres queridos y a representantes de otras partes implicadas, como periodistas, abogados y empleados de la Iglesia³⁸. Hay que hacer todo lo posible para garantizar que estos encuentros e interacciones no se conviertan en

³⁵ Brad E. Kelle, *The Bible and Moral Injury: Reading Scripture Alongside War's Unseen Wounds* (Nashville: Abingdon Press, 2020), 130.

³⁶ Esto significa capacitar a los supervivientes para que expresen lo que necesitan para su propia curación, ya que los acuerdos económicos no siempre dan lugar a una compensación suficiente para el tratamiento continuado o la comunicación completa de la información pertinente sobre el agresor y su riesgo para los demás. Véase Theo Gavrielides, «Clergy Child Sexual Abuse and the Restorative Justice Dialogue», *Journal of Church and State* 55, núm. 4 (2008): 617–639.

³⁷ Dietrich Bonhoeffer, *Discipleship*, ed. Geoffrey B. Kelly y John D. Godsey, trad. Barbara Green y Reinhard Krauss (Mineápolis: Fortress Press, 2001), 44.

³⁸ Stephen Pope y Janine Geske, «Anger, Forgiveness, and Restorative Justice in Light of Clerical Sexual Abuse and its Cover-up», *Theological Studies* 80, núm. 3 (2019): 611–631.

símbolos vacíos o gestos simbólicos que «marcan una casilla», pero no consiguen impulsar una auténtica transparencia, responsabilidad y sanación.

Dentro y fuera de la Iglesia, la curación de los daños morales deberá producirse a través de relaciones caracterizadas por el respeto mutuo, la compasión y la corresponsabilidad. Ante tanto silencio, estigma y vergüenza en torno a la sexualidad humana y el abuso a manos del clero, recuperar la imagen degradada de uno mismo y reafirmar la propia capacidad de acción puede parecer demasiado abrumador. Las comunidades de apoyo entre iguales han sido esenciales para otorgar reconocimiento a los supervivientes y organizar acciones colectivas que inicien pasos duraderos hacia la recuperación y la sanación³⁹. La recuperación y la resiliencia se estimulan a través de las relaciones y los rituales compartidos. Estas prácticas compartidas integran las funciones autónomas del cuerpo, las emociones y la percepción, y centran la atención y el pensamiento en un espacio y un tiempo liminales. Los rituales también ofrecen un sistema de valores diferente del tratamiento clínico, que trata el daño moral como una condición psicológica que inhibe la adaptación social. Este enfoque suele poner entre paréntesis las cuestiones teológicas de un sistema de valores dañado y de la pérdida del buen juicio. Sin apoyo social para la reconstrucción de una identidad moral dentro de un sistema coherente, el aislamiento subyacente del daño moral seguirá sin abordarse⁴⁰.

Integrar prácticas compartidas y fomentar relaciones inclusivas ayuda a disolver el aislamiento y a establecer vínculos seguros y dignos de confianza. Los rituales pueden ser catárticos para emociones fuertes como la ira, la culpa y la vergüenza. Al participar en palabras y acciones simbólicas, las personas que padecen daños morales pueden experimentar

³⁹ Iim Halimatusa'diyah, «Moral Injury and the Struggle for Recognition of Women Living with HIV/AIDS in Indonesia», *International Sociology* 34, núm. 6 (2019): 711.

⁴⁰ Rita Nakashima Brock, «Moral Conscience, Moral Injury, and Rituals for Recovery», en *Moral Injury and Beyond: Understanding Human Anguish and Healing Traumatic Wounds*, ed. Renos K. Papadopoulos (Nueva York: Routledge, 2020), 45–46.

el sentido y el objetivo de una forma nueva y vivificante. A medida que se forman relaciones sanas, «el presente puede experimentarse con ecuanimidad, aprecio y amor; y el futuro se convierte en un horizonte de posibilidades para la aventura y la esperanza. Esta vinculación o desvinculación flexible con la memoria y el sufrimiento es la clave de lo que podríamos llamar autoperdón, una capacidad de empatía hacia uno mismo y una expansión de la misma a mundos cada vez más amplios»⁴¹. A medida que más personas se sumen a estos esfuerzos, el «conocer juntos» moral de la formación de la conciencia podrá potenciar la transformación personal y social.

Institucionalmente, la Iglesia está aún muy lejos de la transparencia, la responsabilidad, la sanación y la prevención necesarias para establecer una Iglesia segura y acogedora para todos. En opinión de algunos, este trabajo requiere algo más que una reforma; necesita una «refundación» de las creencias y prácticas que afirman la igual dignidad, el respeto mutuo y la corresponsabilidad de cada miembro de la Iglesia⁴². Se deberá incluir un cambio de políticas y procedimientos, como el que el papa Francisco inició con *Vos estis lux mundi* en 2019, si bien habrá que dar muchos más pasos para acabar con la práctica de proteger a los agresores de la responsabilidad eclesial y civil. Por ejemplo, los laicos no tienen mucho poder real en el gobierno de la Iglesia, ya que el consejo parroquial y los comités económicos son «consultivos», presididos por el párroco; sus votos no son vinculantes⁴³. El clericalismo, el jerarquismo y la masculinidad hegemónica seguirán dando forma a la cultura eclesiástica a menos que (y hasta que) se cambie el derecho canónico para reflejar una verdadera igualdad y corresponsabilidad entre cristianos ordenados y laicos. Desde el punto de vista pedagógico, la Iglesia debe enfrentarse a su incapacidad para formar adecuadamente las conciencias. En la Iglesia, tanto en el ámbito local como

⁴¹ Brock, «Moral Conscience, Moral Injury», 49–50.

⁴² Gerald Arbuckle, *Abuse and Cover-Up: Refounding the Catholic Church in Trauma* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 2019).

⁴³ El código de derecho canónico núm. 536 dice: «El consejo pastoral tiene voto meramente consultivo y se rige por las normas que establezca el Obispo diocesano».

universal, necesitamos informar, formar y transformar las conciencias para que estén más atentas y reaccionen ante el ejercicio opresivo del poder, el abuso espiritual y sexual, el engaño y el secretismo que protegen a los abusadores y privan a la gente de la verdad. Las conciencias tienen que estar capacitadas para habituarse a la valentía, la compasión, la generosidad y la solidaridad que rompe fronteras para garantizar nuestro compromiso con la justicia restaurativa y hacer todo lo posible para evitar futuras víctimas. Las exigencias morales del discipulado—especialmente la de «ve y haz tú lo mismo» ante tantas personas abandonadas en la cuneta por los abusadores y sus cómplices—no piden menos. Si aunamos estos esfuerzos, podremos empezar a cambiar la corriente contra la traición y la ira, la vergüenza y la confusión, el aislamiento y la futilidad tan omnipresentes en nuestra Iglesia moralmente herida.



Marcus Mescher es profesor asociado de Ética Cristiana en la Universidad Xavier de Cincinnati (Ohio). El Dr. Mescher es especialista en pensamiento social católico y formación moral, con especial atención a la solidaridad y opción preferencial por los pobres y vulnerables. Sus investigaciones y escritos exploran diversas dimensiones de la vida moral, desde la ética ecológica hasta el matrimonio y la vida familiar, pasando por el impacto de los dispositivos digitales y los medios sociales en la persona y la comunidad. Es autor de docenas de artículos y capítulos de libros que han aparecido en publicaciones académicas como el *Journal of Moral Theology* y el *Journal of Catholic Social Thought*, así como en revistas populares como *America Magazine* y *National Catholic Reporter*. También es autor de *The Ethics of Encounter: Christian Neighbor Love as a Practice of Solidarity* (Orbis, 2020) y *Fratelli Tutti Study Guide* (Paulist, 2021).